

Salto inicial

Cada día lo tengo más claro. Nadie elige su lugar de nacimiento, a los padres o incluso a los amigos. Son las personas y las cosas las que nos eligen a nosotros. Lo digo porque, si por mí hubiera sido, no habría nacido y vivido jamás en la vida en el Barrio Nuevo. Ni loco. Si hubiera podido elegir, nunca habría deseado crecer en una zona como esa, tan fea, tan deprimente, tan todo lo que se pueda decir que suene desagradable. Tampoco me hubiera quedado con mi pequeña y miserable familia, ni por supuesto con el piso al que fui directamente desde el parto de mi madre en un famoso matadero, al lado del velódromo que más tarde construyeron para los Juegos Olímpicos, ni con el instituto en el que aprendí en un solo curso más cosas que en lo que llevaba de existencia, pese a suspenderlo prácticamente todo; apurando, ni siquiera con mi club de baloncesto, lugar sagrado y mítico donde los hubiera.

Me fastidia pensar eso: haber permanecido en un lugar que no elegí; conservar recuerdos que aún me repugnan de las calles grises y sus habitantes, todos venidos del Sur a la gran ciudad para seguir siendo pobres, simples trabajadores amontonados en edificios enfermos de aluminosis (una palabra por entonces aún no inventada), construidos por empresarios corruptos que jugaban con la integridad de la gente ignorante, corta, resignada. Yo, al menos, lo veo o lo recuerdo así. Y si el resto de gente de mi entorno hubiera abierto los ojos y las orejas en aquellos tiempos en un sitio semejante, también habrían deseado largarse de allí saltando desde

el sofá hasta algún anuncio de la tele con chicas en bikini y mansiones con piscina, garaje, jardín y sirvientes. O, quizá, se hubieran convertido en destacados velocistas. En mi barrio se podía aprender a estirar los músculos del tren inferior de forma excelente, y tengo pruebas irrefutables: por ejemplo, y dejando aparte el terreno meramente deportivo, la primera vez que apreté a correr de modo espontáneo —delante, eso sí, de una navaja— no fue demasiado pronto si tengo en cuenta cómo las gastaban por allí; incluso se puede decir que durante la infancia tuve suerte y casi no se metieron conmigo.

Aquel primer día ni siquiera era de noche, pero tuve la mala pata de encontrarme con una especie de drogadicto que, para más coña, había sido compañero mío de colegio y hasta había repetido, como yo, octavo de Básica; un chaval que parecía inofensivo y que, de repente, me estaba amenazando con pincharme si no le daba mi cartera. Por supuesto, traté de convencerle de lo que estaba haciendo: «Tío, soy yo, ¿no me reconoces?». Solamente caminaba con mi bolsa de deporte, mis catorce años a cuestas y ni un duro hacia la cancha para entrenar, y aquel delincuente juvenil con cara de colgado se puso tan pesado que tuve que largarme sin más. Pero el tipo empezó a seguirme porque le entró una especie de ataque y entonces me puse a correr con la bolsa y todo. Total, que aunque nunca he hecho daño a nadie, tuve que aprender a defenderme, a saber tener ojos en la nuca, a conocer de lejos los gestos sospechosos de cualquiera que se cruzara por donde yo pasaba.

Pese a todo, no llegué tan lejos como el bestia de Iván, un colega de equipo que llevaba un hierro alargado en su mochila por si cualquier noche, después del entrenamiento, alguien se ponía tonto y no le dejaba irse a casa a dormir tras la ducha. Unas cuantas bonitas y afiladas sorpresas en el Barrio Nuevo le habían aleccionado,

y él, que vivía en un lugar mucho mejor, estaba listo ante cualquier contratiempo, mientras yo tenía suficiente con la velocidad de mis piernas y el inmejorable miedo que ya sentía de forma inconsciente, permitiéndome estar al acecho incluso al visitar a mi abuela Dolores, una mujer demente que por nada y menos estaba siempre preparada para endosarme cariñosos golpecitos con la cuchara de madera caliente que usaba para remover las lentejas, la escoba con la que barría compulsivamente el suelo o lo que tuviera en sus manos en ese instante. Al fin, entre tantos locos, no tenía más remedio que buscar un mínimo de quietud en mi propia casa.

Mi casa: otro cantar. Creo que no puedo llamarla así, aunque me guste hacerlo. Una casa, lo que se dice una casa en el sentido hogareño, familiar, me temo que no era. Se trataba más bien de un agujero sin ventilación ni apenas luz natural que daba a un patio interior, desde donde cientos de ventanas idénticas a las mías parecían estar mirándome las veinticuatro horas del día. Para evitarlo, yo siempre tenía las cortinas corridas. Detestaba encontrarme en todas direcciones a mujeres gordas en bata tendiendo la ropa, o a rostros exasperados de hombres que no aguantaban su propia vida y acababan castigando a su esposa o a sus hijos. Al principio me asustaba oír, sobre todo entre el silencio de la noche de verano —con todas las ventanas abiertas para sobrevivir en ese aire inmundado que se respiraba en aquella madriguera—, los golpes, los quejidos, las angustias de una pobre gente que, como yo, no había elegido su lugar ni tiempo de nacimiento. Pero, curiosamente, después aquello ya se convirtió en un sonido monótono, una música de fondo sin más con sus compases, ritmos y cadencias. Uno se acostumbra a lo más sórdido si está rodeado de ello todo el rato, y lo peor es que encuentra su aspecto creativo.

Precisamente por ser algo tan arraigado a, digámoslo así, la estructura moral del edificio, no se me pasó por la cabeza comentárselo a mi madre. Quizá porque ella, por fortuna, no sufrió demasiado ese tipo de cosas: chillidos operísticos, insultos *in crescendo*, sinfonías de aquí-te-pillo-aquí-te-mato. Y como mi padre iba a acabar yéndose de casa de manera muy formal, con una petición virtual de divorcio debajo del brazo por orden del juez instructor materno-conyugal, no tenía a nadie más con quien hablar. Si al menos mi hermano hubiera sobrevivido, yo habría tenido alguien con quien jugar a baloncesto, aunque hubiera sido con una bola de papel de aluminio y la papelería de mi cuarto en el primer tiempo de la infancia. En el matadero ya se lo dijeron a mi madre: o deja de trabajar una temporada hasta que dé a luz o su hijo tendrá problemas. Pero mi madre, tan tozuda ella, siguió arrastrándose por suelos ajenos en casas ajenas, quitando la suciedad ajena, con su panza arriba y abajo, para traer a nuestro agujero unos billetes que cambiar en el colmado de la esquina (aunque la esquina estuviera a un kilómetro) por unos deliciosos manjares congelados, en lata o en polvo, porque el pobrecito de mi padre estaba muy disgustado al estar en paro y tenía que tomarse unos coñacs en un bar lleno de hombres como él, sin trabajo y tan deprimidos que tampoco hacían nada malo jugando un poco al dominó y a las cartas tardes enteras, fumando Ducados y bebiendo unas copitas de nada. Era totalmente comprensible.

Sin llegar a poner la mano en el fuego, yo diría que esas intensas jornadas de ardua competición en el bar La Giralda fueron fundamentales para el posterior deterioro del matrimonio que formaban mi padre y mi madre. Lo de mi padre era una cuestión de falta de motivación. Lo de mi madre, también. Como la delicadeza no era el rasgo más apreciado por parte de ambos, no

se cortaban un pelo y se decían de todo en mi presencia, o más bien mi histérica madre pronunciaba algunas cosas que me niego a transcribir en estas páginas para no describir el efecto sorpresa que todo drama casero posee de forma intrínseca. Tras la definitiva bronca, y el consiguiente llenado de maletas de su marido, la mujer se quedó tranquila el resto del día, y hasta me llevó a una cercana cafetería a tomar chocolate con cruasanes por primera y última vez. No obstante, el día después volvió a estar de los nervios, se entrevistó con una señora que necesitaba ayuda y comenzó a trabajar enseñando. Yo rogué que no hiciera como otras veces, cuando encontraba a alguna ama de casa que necesitaba con cierta frecuencia una chacha para tener relucientes sus jarrones y cristales. Entonces mantenía el trabajo durante bastantes semanas hasta que, al final, ocurría siempre lo mismo: mi madre se deshacía de su mísera rutina y se iba del piso de turno cualquier mañana dejando las cosas a medio hacer, sin ni siquiera cobrar lo que le correspondía ese día y sintiendo por un momento que era capaz de darse el lujo de dejar esa porquería de empleo y ser libre. Creo que no le faltaba razón. Sin embargo, aquel trabajo lo conservó sin lamentarse, sin odiarse a sí misma por no dar un rumbo nuevo a su vida, que se hacía añicos aunque yo no me diera cuenta del todo. Al fin y al cabo, solo era un niño. Y un niño es, fundamentalmente, alguien que sueña despierto y confunde lo ficticio con lo más crudamente real.

Yo en eso sí que respondía a la descripción. He de confesar que ahora me da hasta vergüenza recordar que, por aquel entonces, soñaba con sacar a mi madre de esa casa y tener un padre que quisiera, como mínimo, estar presente durante mi crecimiento. Supongo que creía lo que salía en la televisión: los jugadores que me gustaban ganaban mucho dinero y sus familias

tenían la vida resuelta. Sus padres les miraban encestar, orgullosos, desde las gradas. Si era capaz de llegar lejos en el deporte, pensaba, iba a hacer igual: sacaría de aquel estercolero general a mi madre; no tendría nunca más que limpiar retretes; como ya había hecho su madre; y la madre de su madre.

Resultaba conmovedor y tierno soñar despierto y gratuitamente en un mundo en que los adultos se mostraban obsesionados por el dinero: si lo tenías, porque necesitabas más; si no lo tenías, porque lo necesitabas. Un día hasta conté las veces que aparecía la palabra dinero en las conversaciones de la gente a mi alrededor o de la tele y no pude más que horrorizarme. Muchas más veces que «te quiero», «maravilla», «cariño» o cualquier expresión que demostrara algo de afecto o admiración. En la niñez, uno se da cuenta de chorradas como estas, pero también de asuntos más trascendentes. No sé si me explico.

Por ejemplo, no tardé en darme cuenta de que, por muy bueno que seas en lo que haces, si no tienes a alguien al lado que te eche una mano, confíe en ti y de vez en cuando te dirija una palabra agradable, poco a poco te vas perdiendo. Eso me pasó a mí. O a lo mejor no tuve el talento que pensaba poseer —jugando de base, claro—. Sin embargo, a mi madre no podía hablarle de baloncesto. Se ponía enferma; quería que estudiara más, no sabía muy bien qué, pero más. Intuyo que porque pensaba, ingenuamente, que dentro de clase estaba a salvo de las malas compañías. Gruñía y se enfadaba tanto que lo único que se me ocurría, cuando iba refunfuñando en busca de la botella de grosella y sus pipas, era coger mi vieja pelota naranja, una auténtica Mikasa que me había regalado mi padrino, y salir a tirar un rato. Por lo general, siempre había alguien dispuesto a hacer unos partidos, y si había suerte, acababa

jugando el resto del día en la calle con un montón de chicos que solamente conocía de verles en las plazas en que había una canasta patrocinada por Cola Cao —hace muchos años que no hay rastro de ellas; en el barrio, entre colgarse de los aros y las redes y quemar los tableros, se las cargaron todas— y con los que apenas hablaba excepto de baloncesto. Las horas volaban botando el balón, corriendo, saltando, lanzando. Entonces no pensaba en nada. O solo en una cosa: en encestar. Solo eso me importaba de repente y durante horas.

Dicho así, suena estúpido, pero por algo muchos al principio decían, tanto en el colegio como en el Club, que era el mejor jugador de mi edad que habían visto nunca. Todos éramos de la misma estatura, y por aquel tiempo a mí me daba igual jugar de base o de pivot. No como después. Era el mejor sin saber que era el mejor. Mi consciencia al respecto únicamente se limitaba a sentir que, mientras jugaba, me olvidaba de todo. Y eso ya me bastaba.

Un jugador, en aquellos años ochenta, solo podía aprender a jugar en la calle, a no ser que su papá le llevara a un club. Y a mí eso no me pasó, naturalmente. Y tampoco a Marcos y César, mis compañeros de colegio con los que preparé un equipo y con los que jugaba en cualquier pared. Alguno de los tres, no recuerdo cuál, se enteró de que en el barrio había una escuela de basket y una tarde fuimos a informarnos. No creo que jamás olvide el momento en que entré allí, y no sé si lograré expresarme bien. Estaba detrás de una iglesia, y era algo maravilloso. Un muro bajo de ladrillos sucios y una oxidada puerta de hierro escondía el paraíso: dos pistas de cemento, canastas perfectas, dos canchas con las marcas de juego pintadas en el suelo e incluso con la línea de tres puntos, que acababan de incorporar al reglamento. Creo que era la primera vez que veía la línea

de tres puntos en un suelo. Todo era muy distinto a la pista de patinaje a la que íbamos a jugar, que solo tenía un par de tableros sin aros. Allí teníamos que movernos en medio de un montón de gente que daba patadas a un balón, o al lado de las pandillas de la zona, que se apoyaban en la baranda que rodeaba la pista fumando porros tardes enteras, junto a unos espeluznantes edificios color calabaza que el ayuntamiento había instalado para familias gitanas sin techo. En fin, cuando uno es un niño, se contenta con cualquier cosa. Cada día lo tengo más claro.

Entrené muy duro aquel año en la escuela para principiantes. Yo no lo era tanto, y además conseguí perfeccionar mis fundamentos técnicos adquiridos en las calles, donde la libertad y la imaginación dan alas. Era fantástico. Un entrenador nos daba órdenes y podíamos cambiarnos en un vestuario que, aunque estaba siempre inundado por un charco de agua y olía fatal al estar en una especie de sótano sin ventilación y con una bombilla colgando del techo, a Marcos, a César y a mí nos parecía el Forum de Los Ángeles o el Boston Garden. Teníamos una camiseta con un dorsal, y si demostrábamos buenas maneras, un puesto en el equipo infantil que nos estaría esperando la temporada siguiente después de la escuela de basket. No se podía pedir más.

A mi madre al comienzo le había hecho ilusión lo de hacer deporte en un sitio serio, aunque mi padre no estuviera precisamente lo que se dice de acuerdo, sobre todo porque tendría que molestarse en acompañarme alguna vez al entrenamiento o a los partidos. A mí él me daba vergüenza con su barba de varios días, con su camisa lo suficientemente abierta para ver cómo su ajustada camiseta de albañil le marcaba una barriga llena de manantiales de coñacs, fuera enero o agosto. En realidad, ninguno de mis padres comprendió lo que el

baloncesto significó para mí en cuanto empecé a practicarlo. Sospecho que debe de ser como encontrar a la chica soñada o la profesión en la que sabes que vas a ser el mejor y la persona más feliz. Algo parecido. Aunque ni siquiera mi madre, que continuamente presumía cuando era pequeño, al igual que hacen todas las madres con sus hijos, de tener un instinto especial para comprenderme, llegó a sentirse orgullosa de mí y ni tan solo a interesarse por ese juego tan popular en los últimos meses por haber ganado la selección española una medalla en los Juegos de 1984; por fin algo distinto al omnipresente y viril fútbol, el único deporte que parecía existir en aquella España cutre y retrasada.

Nadie comprendía que el basket se trataba de un desafío y no de un simple deporte: había que meter una pelota en un círculo a tres metros y cinco centímetros de altura, y yo tenía que conseguirlo si quería ser especial en aquella balsa de vulgaridad en la que todos flotábamos.

Nadie especial había habido hasta entonces en mi vida. Los únicos que conocía eran personajes de papel: aparecían en el *Nuevo Basket* que cada mes nos comprábamos entre César, Marcos y yo. Mirando aquella revista, yo me sentía ligado al mundo. En los Estados Unidos un montón de equipos competían en una liga que solo hasta el momento conocíamos por grandes fotos en color. Allí Kareem Abdul-Jabar lanzaba su «gancho del cielo» o Julius Erving volaba con la pelota enganchada a sus enormes manos. Algunas crónicas decían que aquellos poderosos hombres negros habían nacido en suburbios de Nueva York o Filadelfia, que habían sido pobres de solemnidad pero que una beca para la universidad y el baloncesto los habían transformado en héroes deportivos de una nación entera. Marcos leía ese tipo de cosas en voz alta y César y yo abríamos

mucho los ojos de asombro, como si estuviéramos escuchando las historias de unos extraterrestres iguales a nosotros. Más adelante, cuando ya los tres ingresamos en el Club, fuimos en busca de gente tan especial como aquella. Y la hallamos: jugadores corpulentos que viajaban por toda Cataluña y las islas Baleares para jugar cada domingo por la mañana, entrenadores veteranos con una larga carrera como jugadores a sus espaldas, adolescentes larguiruchos que machacaban el aro sin contemplaciones y un montón de equipos femeninos, es decir, mujercitas en pantalón corto y con una cola de caballo surgiendo de sus nuucas, todas moviéndose en unos cuantos metros cuadrados, sudando, jadeando, estirándose (es otra manera de verlo), y también gente que antes había visto salir corriendo tras robar en el supermercado y que habían llegado a pertenecer a aquel lugar: gente recuperada para la sociedad gracias al deporte, como dirían los políticos, lejos del destino que nadie elige: el de haber nacido en aquel asqueroso barrio. Con más o menos dinero, educados o camorristas, todos éramos iguales al pisar la cancha de juego.

Yo quería aquello también para mí: salir de las calles, estudiar y ser jugador. Y en mi vida solo cupo ese deseo desde aquel mágico día en que pisé la pista de baloncesto con aquellos amigos a los que no veo desde hace años, desde que el deporte nos abandonó y separó nuestras vidas. Tras la infancia vino algo que guardé para mí, para mi memoria solamente. Habida cuenta de que en la adolescencia nada es extraordinario y todo es natural, no hace falta contar historias. Hasta que pasa el tiempo, te alejas de la gente y de tu barrio y entonces deseas decir todas las cosas que te ocurrieron en aquellos años locos, cada vez más lejanos, en que todos éramos unos críos y desconocíamos, por no poder compararla con otra, lo mala que era nuestra vida.